

Se sacude, pero no se hunde

Frase de un escudo de armas que figura en un barco. Aparece como epígrafe en el trabajo de Sigmund Freud “*Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*”

El interés de este trabajo es mostrar como en algunos medios periodísticos-culturales se realiza una crítica constante al psicoanálisis por su falta de eficacia como procedimiento terapéutico para afrontar los padecimientos subjetivos.

Se trata de críticas que giran en torno a que el psicoanálisis no da la respuesta rápida y eficaz frente a los problemas de salud mental de la población.

Estas críticas de diverso tono y talante, algunas hasta despiadadas, esconden una postura y sostienen una ideología que se emparentó muy bien con este paradigma de la inmediatez, de una demanda por las respuestas rápidas, eficaces, que vayan al punto (al objetivo) y que no se ande con vueltas. En estos reclamos se esconde lo que se sostiene (que no se dice) el respaldo a abordajes terapéuticos que van a responder mejor y más rápido al padecer psicofísico de los sujetos en cuestión. Así, estos planteos no dicen nada frente a la creciente medicalización universal de la infancia. Tampoco existen críticas ni cuestionamientos sobre cómo proceder con el dolor, y sobre todo quién esta detrás de los síntomas.

Existe una política de abreviación de los pasos, del paso de la angustia, del síntoma o del dolor buscando que eso, que padezco y sufro, desaparezca lo más rápidamente (posible) que se pueda. Transitar lo más rápidamente posible estos pasos. Se trata de una política, del no-quiero-saber-nada-de-eso, solo ¡sáquenmelo por favor!, y lo más importante, lo antes posible.

¿Qué nos demandan a los psicoanalistas desde estos medios, desde estos artículos que se presentan, casi, con el augurio del fin del psicoanálisis? En estos artículos se pueden leer ideas de que el psicoanálisis esta gaga, que ya no tiene la vitalidad ni la respuesta como cuando lo fundó, desarrolló y difundió Sigmund Freud. Hay en estas críticas un cierto aroma a que los que ustedes hacen: ¡ya fue!. El psicoanálisis como una lengua muerta, que se la sigue hablando, se la continúa enseñando pero ha perdido su lugar en el mundo. Ahora, se habla en otras lenguas.

Frente a estas críticas hay que recoger el guante para tratar de entender, y si es posible dar algunas respuestas, pero estando atentos a una cuestión muy importante que es, de dónde provienen estos reclamos, de dónde parten estas críticas, que intereses esconden, qué propósitos y qué ideas representan.

Una apotegma bastante general de esta época es *se necesita gente lista, sana y en condiciones inmejorables para que continúe la producción en el sistema capitalista*. En el año 1972 un grupo de psicoanalistas, que se habían apartado de la Asociación Psicoanalítica Argentina (A.P.A.), formando el Grupo Plataforma ya se interrogaban sobre esta problemática de qué tipo de terapéutica se demandaba para que, por medio de este procedimiento se logre un sujeto que respondiera lo mejor posible al sistema necesita. En sus artículos, que además planteaban una fuerte crítica al psicoanálisis oficial que respondía a la IPA, Emiliano Galende planteaba que: “*La practica clínica esta inscripta políticamente en los niveles de recuperación de los sujetos para el sistema. Esta función ideológica es condición de su desarrollo, por lo que es dudoso que las reformulaciones hechas en la interioridad de la practica clínica modifiquen el uso político de la misma*”. (1)

¿Qué esconden las críticas al psicoanálisis por su decadente eficacia frente al drama social?

En la *Revista Ñ* apareció hace pocos meses un artículo firmado por Héctor Pavón, que se titula “*El malestar del psicoanálisis*”. (2)

Desde la reseña inicial del artículo Pavón sostiene que *los herederos de Freud y Lacan son cuestionados por su falta de contacto con el drama social*.

Cuando uno se avanza en la lectura del artículo, se puede tomar como ideas fuerte el siguiente párrafo donde se sostiene: “*La herencia que dejaron Freud y Lacan hoy esta cuestionada, criticada, jaqueada aunque de ninguna de estas instancias la ponga en peligro de extinción ni mucho menos*”.

En pocos párrafos no sabemos quienes son los cuestionados si el psicoanálisis o los psicoanalistas. Se entenderá más adelante que el cuestionado es el primero y que en la frase del periodista queda la sensación de que al psicoanálisis debe quedarle poco tiempo de vida.

Retomando la cita inicial sobre la crítica a la falta de contacto del psicoanálisis con el drama social, habría que pensar qué se le demanda y que respuesta puede dar el psicoanálisis frente a este drama. Si es este quien puede dar, como dispositivo terapéutico creado para el abordaje a un sujeto en particular, algunas respuestas frente a estos conflictos sociales.

Es decir, habría que determinar qué lugar específico tendrá el psicoanálisis para dar alguna/s respuestas (por supuesto si puede hacerlo) al drama social.

Y creo que hay ejemplos donde se puede demostrar que el psicoanálisis, sin renunciar a su especificidad (a su ubicación o lugar en el mundo) esta presente en centros de salud mental, hospitales públicos de distinta índole, centro comunitarios, comunidades terapéuticas, etc.

La presencia de un psicoanalista en estas instituciones públicas y/o privadas será sostenida sin renunciar a un discurso que conmueve un status quo, “una realidad” que muchas veces se nos ofrece como que debemos aceptarla sin más. El psicoanálisis, y los analistas en particular, debe mantener viva la llama de un discurso que no se acopla, que no plantea la adaptación como fin último.

Tal vez, este “poner en cuestión a una realidad”, al destino, a lo dado sea lo que se le critique al psicoanálisis, un discurso que permite hacer pensar, desencajar, descolonizar, reflexionar al sujeto dónde esta parado en relación con su mundo. Uno observa que bajo esos cuestionamientos sobre la falta de eficacia del psicoanálisis se esconden resistencias a un discurso que subvierte un orden determinado.

Retomando el artículo de Pavón se puede extraer una cita de E. Roudinesco, que retoman estos cuestionamientos radicales al psicoanálisis por su falta de pericia y eficacia frente al drama social: “*Dicen que el psicoanálisis no es eficaz. Eso porque vivimos en sociedades en las cuales se busca la rentabilidad, los resultados y la cura inmediata*”.

Allí mismo es donde reside la eficacia del discurso psicoanalítico, en la constante crítica a la inmediatez que se le demanda a los sujetos y, si se quiere a las sociedades que puedan pensarse como sujetos. Esta crítica a la inmediatez, uno de los requisitos indispensables de estos paradigmas del logro del éxito fácil, es lo que no se le tolera que se cuestione desde el ámbito del psicoanálisis, ya sea desde los consultorios o desde sus opiniones o presencias en los ámbitos donde se enfrenta con el malestar del drama social.

Por que en definitiva, tendríamos que preguntarnos que es el drama social, y creo que una de las formas es interpretando esta demanda de adaptación del sujeto que padece

en-el-mundo, que incluye la promesa (bastante incierta) de un mundo mucho más rentable, vivible.

El drama social, interpretándolo desde la perspectiva psicoanalítica, es uno de los nombres más crueles del malestar en la cultura.

Ese malestar no es únicamente, un malestar que aqueja al psicoanálisis. Muy por el contrario, el malestar del psicoanálisis existe por las propias razones de una lógica que atañe al discurso psicoanalítico. Pero el malestar, que también debe interesarnos a todos, a propios y extraños al psicoanálisis, es el de un discurso que sostiene una vida que se exige vivir sin aliento, con escasos momentos para pensar, para detenerse. Que solo se es valorado, el sujeto, en la medida que posee y que se mantiene en esa búsqueda del tener, de poseer, sin importar que precio subjetivo paga en esa búsqueda sin fin.

Sobre este malestar intenta trabajar, cuestionar e interpretar el psicoanálisis, en el mejor de los casos, porque el psicoanálisis y sus difundidores, los analistas y por supuestos los analizantes, también están atravesados por él. Más bien diría, que los analizantes se debaten entre la propuesta de un discurso que los va a llevar a cuestionarse hasta lo más íntimo de su ser-en-el-mundo frente al de otro que te empuja a seguir participando, sin más, de un paradigma que no invita a pensar sino a comprar más de lo mismo, y obtener a cambio, más malestar.

Tendremos que estar más atentos y autocríticos que nunca porque estas críticas sobre la supuesta falta de eficacia del psicoanálisis, lo que están marcando, en definitiva, es una dirección hacia donde debemos mirar. Esa dirección es sobre lo que estamos haciendo día a día en nuestros consultorios, en las supervisiones, en nuestros análisis. Y sobretodo en los espacios que compartimos con otros analistas y con otras disciplinas. Allí debemos redoblar el debate sobre nuestros supuestos, nuestros prejuicios, con la intención de rectificar lo que hacemos y de ratificar lo que hemos hecho.

Desde las críticas de los propios pacientes, que ideas se sostienen

En la misma nota periodística se aborda la cuestión de la falta de sensibilidad social del psicoanálisis frente a acontecimientos varios que producen un drama social. *“En los últimos tiempos, y ante el crecimiento de la demanda de atención en salud mental, frente a tragedias colectivas, se acusa al psicoanálisis de ser insensible y desinteresado a analizar fenómenos sociales y que solo podía dedicarse a las demandas individuales”*.

El subtítulo de esta parte del artículo es el siguiente: *El paciente impaciente*. Pero el desarrollo no va al despliegue de este subtítulo sino que curiosamente se dirige hacia la misma dirección, que es nuevamente una crítica a la falta de sensibilidad y un desinterés del psicoanálisis, y por supuesto de sus operadores, privilegiando la atención de las demandas “individuales”.

Creo que esta crítica no se ajusta a lo que el psicoanálisis puede abordar desde su dispositivo. Así, nuevamente tendremos que determinar cuál es la demanda que hay detrás de estas críticas, pues el psicoanalista desde su posición (y no solo desde el diván) atiende a la demanda de aquel (o aquellos) afectados por un fenómeno social determinado, pero el abordaje (su mirada, su lectura) será desde cómo ese fenómeno lo afecta en su subjetividad a aquel que atravesó un hecho traumático de las características citadas en la nota periodística.

Por solo citar dos ejemplos de cómo el psicoanálisis abordó, con sensibilidad e interés, dos cuestiones muy sensibles al pueblo argentino, la cuestión de la crisis económico-político-social del 2001 desde el Centro Oro con los grupos de reflexión, de un

reflexionar juntos lo que nos esta pasando hasta el trabajo realizado por varios psicoanalistas con los efectos psicológicos del terrorismo de estado en los niños. Más adelante en la nota aparece el siguiente párrafo, muy elocuente de cómo se encasilla al psicoanálisis y al psicoanalista en un lugar común: “*La crisis se volvió palabra frecuente, al angustia un estado permanente. Y quienes se convertían en pacientes no acudían en masa al diván del psicoanalista sino que empezaron a frecuentar terapias conductistas, sistémicas, grupales, junguianas, ligadas a las neurociencias, entre otras, que empezaron a ganar terreno ofreciendo tratamientos breves y respuestas inmediatas*”.

En este párrafo hay varias cuestiones a desmenuzar. Que las crisis se volvió a una palabra recurrente, repetitiva, no hay duda. Y que el psicoanálisis tenía y tiene herramientas, desde su dispositivo terapéutico para dar lugar a lo que acontece y repercute de una crisis en un sujeto, tampoco la hay.

Por solo citar un ejemplo, de varios, trabajé como concurrente en un servicio del Hospital Borda donde en el díptico de promoción de las actividades terapéuticas decía lo siguiente: *Las crisis no son solo económicas*. Esta frase muy breve pero elocuente, proponía también un interrogante para quien estaba atravesando una crisis económico-social (desempleo, precariedad laboral, flexibilización laboral, miseria, despidos, etc) pues pensábamos que las crisis tienen infinitos sentidos, tantos, como el gran número de pacientes que atendíamos por día y que teníamos en lista de espera. Lo llamativo fue que muchos se habían acercado al servicio convocados por la frase que, de alguna forma, los había interrogado acerca de lo que les estaba aconteciendo.

Entonces se podía, y todavía hoy se puede, pensar el drama social desde el psicoanálisis, desde su especificidad y no renunciando a su veta disruptiva y confrontativa. Porque muchos de estos pacientes nos preguntaban: *¿cómo es eso de que las crisis no son solo económicas?*.

Este ejemplo nos muestra la vigencia del discurso psicoanalítico frente a otros abordajes terapéuticos, y se lo observa en que la “crisis”, como signo de un padecer exclusivamente económico, se vuelve significativa, es decir cobra una multiplicidad de sentidos que ese signo no tenía hasta que no se lo interroga, como sucedió con los que se acercaban al servicio luego de haber leído la frase de la promoción.

Volvemos al artículo y continúa de la siguiente manera: por las crisis, por su causa y estragos, *quienes se convertían en pacientes no acudían en masa al diván del psicoanalista*. Lo primero que deberíamos interrogar de la frase es nuevamente el clisé, el lugar común, centro de las críticas por las cuales el psicoanálisis no se ocupa y muestra desinterés por el drama social. ¿Por qué deberían acudir al diván? Es todo lo que ha quedado del psicoanálisis en el imaginario social, después de más 100 años de existencia. La respuesta es que no, no solo el diván ha quedado.

Lo que ocurre que el psicoanálisis, tal vez porque intenta poner en cuestión (subvertir) una posición de alguien que padece (lo logre o no, esa es su dirección) se lo trata de banalizar, se lo intenta recluir bajo esta figura del psicoanalista que está detrás del paciente recostado en el diván. Un intento de ridiculizar el dispositivo, que con ayuda de muchos psicoanalistas, ha dado bastante resultado.

Pero la eficacia del psicoanálisis, y de los psicoanalistas, no se agota en el uso del diván. Más bien diría, que el diván no hace un psicoanalista, y que puede estar allí, en posición analítica, escuchando atentamente, acompañando e interpretando sin que posea uno. Hay otra palabra en la frase de la nota periodística que es “*acudir en masa*”. Frente a esta idea de que los muchos que padecen una crisis, un drama social y/o económico, deban recurrir al “diván” de un psicoanalista, interpreto que es un reduccionismo.

El psicoanálisis no es una cosmovisión, como bien lo dejó señalado el propio Freud, y se podría decir que el abordaje psicoanalítico no es para todos y no da razón de todo. No hay tal acudir en masa, porque justamente de lo que el psicoanálisis se ocupa es de aquellos efectos que las masas producen sobre la subjetividad de cada sujeto.

Es decir, que es verdad que las personas que sufren algún tipo de crisis puedan o no acudir a un psicoanalista como así también quieran hacerlo a otros abordajes como los descriptos en la nota.

Porque en esta idea de que han dejado de acudir en masa a los divanes de los psicoanalistas, coloca el malestar del lado de estos últimos, y puede tener algo de verdad la frase, para que revisemos que es lo que estamos haciendo frente a estas demandas, siempre y cuando nuestro dispositivo sea el que pueda responder a ellas.

Otra cosa, es que por este supuesto malestar nos colocan en un supuesto enfrentamiento, por ejemplo con las neurociencias, como si fuera lo uno o lo otro, o lo uno sin lo otro. Y es un riesgo que caigamos en falsas controversias, aunque tratemos las cosas de manera diversa.

Para mostrar algo de esto, cito otra parte de la nota: *empezaron a frecuentar otras terapias...ofreciendo tratamientos breves y respuestas inmediatas. Algo mellaba la credibilidad de los largos tratamientos psicoanalíticos clásicos.*

La nota venía precedida de un título que era: *El paciente impaciente*, retomando luego la idea de que el psicoanálisis solo podía dedicarse a las demandas individuales y no ofrece tratamientos breves e inmediatos. Nuevamente estas críticas nos dan una idea de que esconden algo.

En primer lugar, no es cierto que el psicoanálisis realice exclusivamente tratamientos largos. Participan desde hace muchos años analistas en las obras sociales, prepagas, etc que específicamente no tienen entre sus prestaciones el objetivo de tratamientos largos, sino que se trata de terapias breves, y allí también hay psicoanalistas que no abjurán de su posición.

En segundo lugar, se puede señalar, si tomamos como variable de análisis la cantidad de tiempo que podría insumir un tratamiento, hay psicoanalistas que intervienen en situaciones de crisis de diversa índole, como por ejemplo la señalada más arriba en la experiencia del servicio en el Hospital Borda. Y aquí también se trata de abordajes acotados en tiempo de acuerdo a las dificultades que aquejan al paciente.

Los psicoanalistas deberían estar atentos a no quedar disciplinados y arrinconados en la idea de lo clásico. Habría que tratar de explorar y difundir otros tipos de intervenciones analíticas que pueden durar más o menos tiempo, pero siempre en función de la demanda que se le realiza y al dispositivo que se sostenga.

La impaciencia, como la demanda de respuestas inmediatas a cuestiones que nos las tienen, son situaciones que también llegan a nuestros consultorios.

Los psicoanalistas debemos tener muy en claro que, en numerosas ocasiones, lo que se nos está demandando podrá o no ser acogido en un tratamiento. Eso dependerá de infinitas variables, pero sobretodo dependerá de la responsabilidad y la ética del propio psicoanalista a la hora de responder. Si el analista decide que no puede tomar un caso, el que consulta tendrá la posibilidad de buscar, en su impaciencia, una respuesta más inmediata de la que podamos ofrecerle.

Para finalizar, quisiera tomar aquello de que el psicoanálisis ya fue, que está perimido, falta de respuesta y eficacia.

No es la primera vez, ni será la última quizás, que al psicoanálisis se lo de por muerto, estimo que estas condenas de fin de ciclo son reacciones propias frente a un discurso

que sigue vigente frente al orden establecido. Tal vez no haya psicoanálisis sin su perdurable condena a muerte.

Quisiera dejarles una frase de Sigmund Freud, del trabajo sobre las *Contribuciones a la historia del movimiento psicoanalítico*, que de paso se puede ver la equivocidad del título ya que nos da a pensar quién contribuye a quien, creo que la contribución es recíproca. Y la frase sobre el anuncio del final del psicoanálisis ya la había percatado el propio Freud en 1914 que dice así: *¡Tal vez una docena de veces, en el curso de estos últimos años, he leído en informes sobre las deliberaciones de ciertos congresos u organizaciones científicas, o en reseñas de ciertas publicaciones, que el psicoanálisis ya está muerto, definitivamente vencido y finiquitado!* (3)

¡Y sin duda el pronunciamiento de muerte era un progreso, comparado con la muerte por silencio! (4).

No está muerto quien pelea, pero la pelea será desde dentro del psicoanálisis hacia fuera, y desde adentro hacia las entrañas mismas del psicoanálisis, y hacia aquellos que sostienen su teoría y práctica.

Fernando Pequeño

Referencias Bibliograficas

- (1) Galende, Emiliano. “*Cuestionamos 2*” Granica Editor, colección izquierda freudiana (noviembre 1972), pagina 62
- (2) Pavón, Hector. “*El malestar del psicoanalisis*”, Revista Ñ, 7 de septiembre de 2013
- (3) Freud, Sigmund. “*Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*”, Obras completas, Tomo XIV, Amorroutu ediciones, pagina 34
- (4) Freud, Sigmund. “*Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*”, Obras completas, Tomo XIV, Amorroutu ediciones, pagina 34